

FELICES RECUERDOS DE AYALA Y MAINER

Carolyn Richmond de Ayala

¿QUÉ prisa hay?, me había comentado Francisco Ayala al ser invitado por Jordi Gracia, recién estrenado el verano de 2009, a colaborar con unas breves palabras en este muy merecido homenaje a José-Carlos Mainer. ¿Qué prisa hay? Tenemos varios meses por delante, y cuando, una vez vencida la pereza, nos pongamos al ordenador —solía *escribir* dictándome—, será cosa de coser y cantar. La propuesta había despertado en nosotros una plétora de recuerdos que mientras tanto, en nuestras dilatadas pláticas *à deux*, habríamos de seguir barajando con placer (no siempre desagrada la postergación a quien la sabe cultivar...). Así, *hechizados*, quizá, también por una especie de inercia estival, nos conformamos con darle vueltas al asunto.

The best-laid schemes o' mice an' men... Mi marido no había estado del todo bien; se sentía cansado, cada día con menos ganas de vivir. Para colmo, al acercarse el otoño le acometió una bronquitis cuyo “remedio” resultaría, a la postre, peor que la enfermedad, pues a consecuencia de aquél acabaría perdiendo completamente la voz, y, con ello, la capacidad de comunicarse: triste presagio —a posteriori comprendí— de su inminente muerte a comienzos de noviembre. *Silenciada* desde entonces para siempre la persona de Ayala, ahora me incumbe a mí, su viuda, dejar constancia aquí, si no del meollo de aquellas conversaciones nuestras en su día tan placenteras, por lo menos de un par de coyunturas para mi marido definitivas en su larga relación con José-Carlos.

Hace medio siglo, al regresar por vez primera a España tras dos décadas de exilio en las Américas, se dispuso Francisco Ayala a reincorporarse, paulatinamente, a la vida intelectual de su país, cuya relativa *apertura* cultural iba realizándose sin embargo todavía bajo la vigilancia de la todopoderosa oficina de la censura (el volumen de las –entonces– *Obras narrativas completas* –Aguilar, 1969– de Ayala tuvo que editarse en México), que no obstante autorizaría, en 1971, la publicación de la primera edición de *El jardín de las delicias* en la misma barcelonesa editorial de Seix Barral donde también aparecería, ese mismo año, otro *delicioso* –e igualmente atrevido– libro ayaliano: una recopilación de sus ficciones vanguardistas titulada *Cazador en el alba y otras imaginaciones* y prologada, por expresa voluntad de su autor, por el joven profesor y crítico literario aragonés –conocido suyo ya–, José-Carlos Mainer.

Perduraría esa relación, tanto personal como profesional, unos cuarenta años, durante los que seguía con sumo interés el veterano escritor la trayectoria profesional de quien pronto hubo de establecerse como una de las autoridades más influyentes de la literatura española moderna. Coincidieron ambos en diversas ocasiones; se cartearon también. Eran mutuos tanto el afecto como la admiración, sin hablar del fuerte sentido ético que los unió. Pero la distancia física –ese *charco* de terreno que separa Madrid de Zaragoza– había de limitar, inevitablemente, el contacto personal. Hasta que, por fortuna, tuvieron una última oportunidad para estar juntos durante casi una semana. A esta feliz ocasión quisiera referirme, siquiera brevemente, para concluir.

Previo a la celebración, en 2006, del centenario de mi marido, había ideado el catedrático Ignacio Soldevila organizar un curso de verano sobre su obra en la Universidad Interna-

cional Menéndez Pelayo de Santander, propuesta que, debido a la evolución del cáncer que dos años después acabaría con la vida de ese buen amigo nuestro, terminó por no poder llevar a cabo él. Sugirió por consiguiente pasarle las riendas a Mainer, quien, gustoso, aceptó. Así, bajo la a la vez exigente y benévola dirección de este último nos reunimos a comienzos del mes de agosto un grupo de estudiosos y conocidos de Ayala para examinar, en presencia suya, su vida y *milagros*. Fueron días de sol y aire, de amistad y alegría: días que, gracias en gran parte a José-Carlos, acompañado, como de costumbre, por su cariñosa esposa Lola, siempre recordaría mi marido —y recordaré siempre yo— como sumamente felices.

Madrid, mayo de 2010